

La pasión por los libros en aquel siglo xvii era tan viva y profunda, que no puede compararse a la de los más despiertos bibliófilos de nuestro tiempo. El conferenciante evoca los días oscenses de Gracián embebido en la lectura, que con la conversión con eruditos eran viático de su vida, vida no huraña, como muchos creen, sino entregada de corazón a la amistad y la grata comunicación.

Por eso, para ensalzar en este día la memoria de los escritores de nuestra magna época de oro y celebrar la fiesta del Libro, nada le ha parecido más adecuado que hablar de Baltasar Gracián en esta Huesca de tan cumplida tradición universitaria y cultural; para que siguiendo la trayectoria de los dos peregrinos del vivir de la gran novela alegórica graciana, Andrenio y Critilo, arribemos también por las obras y la virtud a la isla de la Inmortalidad.

En el certamen literario, organizado por el Instituto, fueron premiados los siguientes alumnos: Jesús Paredes y Carlos Laliena, de séptimo curso de Bachillerato; Germán Osanz y Rogelio Lacruz, alumnos de las Escuelas del Magisterio.—E. M. J

Aragón, Fernando el Católico y Gracián.

Este es el tema de la conferencia que el día 5 de mayo dió en el Instituto Cultural Hispánico de Aragón, en Zaragoza, D. Carlos Lacalle, profesor de la Universidad de Montevideo. Como nada de cuanto atañe al preclaro Monarca y al famoso filósofo es ajeno a Huesca, recogemos aquí las consideraciones más salientes del ilustre profesor uruguayo, muy amigo y devoto de España.

Comenzó justificando la oportunidad del tema señalado, aun después de los estudios sazonados referentes a aquellas dos figuras, publicados por Ricardo del Arco, José María Doussinague y Angel Ferrari.

Aragón, Fernando, Gracián; para los hispanoamericanos se trata de un reciente descubrimiento. No habíamos llegado—dice el orador—, hasta ahora, a darles su real importancia. El mundo de hoy se moviliza de distinta manera que el del siglo xvi, o cualquier otro pretérito, pero el procedimiento para esa movilización es siempre el mismo y responde a la identidad del ser humano a través de los tiempos. Las masas sólo se mueven cuando se conmueven, y lo único que puede conmooverlas

es una «imagen» del mundo, instalada no en el pensamiento crítico, y sí en ese fondo abisal y apacible que se halla en los últimos estratos de la conciencia.

América—afirma el orador—quiere mucho a España. Pero la quiere como el hijo a la madre que hace mucho tiempo no ha visto. Recuerda sus caricias y regaños, tiene presentes sus ojos, pero la realidad maternal queda como sublimada y desfigurada en una vaga memoria de la sangre. Esto es lo que nos ha pasado en España. Hemos estado mucho tiempo sin coloquio con ella, o lo que es peor con diálogo con la anti-España. Sólo lo lírico se encargó de mantener fragante un aspecto de España, pero en casos como el de Aragón, en que lo esencial es lo épico, perdimos su exacta fisonomía.

Ahora la hemos encontrado, y con oportunidad. Para eso ha sido suficiente que el hombre de nuestro medio siglo sintiera profundamente que su crisis radicaba en la inestabilidad de valores que Aragón mantiene fijos: su europeidad y su sentido político.

Su europeidad, que es la larga mirada tendida hacia el Mediterráneo, donde se ha jugado, y se jugará siempre, el destino de la occidentalidad, donde se han encontrado las fórmulas que corresponden más exactamente a la natural medida del hombre y a su sobrenatural destino.

Y ahora, cuando vamos buscando ansiosos dónde encontrar un estilo de vida que se mantenga sobre los ejes de «finalidad» y «conservación», hemos encontrado vuestra historia.

No hace mucho los manuales al uso en nuestros institutos de enseñanza, nos hablaban, a nosotros, suramericanos, de una Castilla que nos había amamantado y de un Aragón que nos había olvidado. De una Castilla con sentido universal, sacrificada por América, y de una España, localista, cerrada al nuevo sentido atlántico, tipificada en Aragón. Para eso nos opusieron la figura maternal de la Reina, de la maravillosa e inigualable Isabel, a una bronca figura de padastro olvidadizo, vuestro Rey Fernando. Esto correspondió a un movimiento de americanismo cerril, a una política de enclaustramiento continental, de un «monroísmo» alimentado por resentimientos y alejamientos, hábilmente manejados por quienes rompieron la gran y posible unidad de la América Hispánica. Pero, ahora es cuando se comprende cuán alta y eficiente fué la política de Aragón: política sorprendentemente actual, que tuvo valor de salvación para Europa, que permitió la conservación de la estructura europea en la profunda crisis de la modernidad.

¿Qué haríamos ahora, nosotros, los hispanoamericanos, sin Europa?

¿Sin esta Europa que es la misma que se salvó siguiendo la consigna aragonesa, del Rey Fernando, «paz entre los cristianos y guerra contra los infieles»? ¿Sin esa Europa, redimida y fortalecida en la era imperial, en la cual Carlos I y Felipe II cumplieron el testamento político del monarca aragonés? Una técnica nueva para el conocimiento histórico, la Geo-política, pone de relieve la trascendencia de la política de Aragón desde el siglo XIII hasta el siglo XVIII, la superación de las condiciones geo-políticas adversas, realizada por un Pedro III de Aragón, la reintegración mediterránea por la Corona de Aragón, la vigorosa política de los Trastamaras al servicio de un concepto imperial claro, y la concepción grandiosa de Fernando el Católico para la salvación de Europa.

Este Aragón de Cajal y de Goya, de temerarias visiones plásticas, que despejan en la paleta goyesca el serio idealismo con realista ironía, que entra con Cajal al nervio del hombre, y logra esa concepción genial, de técnica y también de poesía, que es la neurona, este Aragón tiene para nosotros, los hispanoamericanos, una preciosa actualidad, al unir las figuras de Don Fernando con Gracián.

Sin dejar de tener capacidad plástica y científica, somos, fundamentalmente, gentes de Política y de Letras. En nuestras onduladas pampas, pobladas de bíblicos rebaños, el proceso político no adquiere vigencia popular, hasta que la narración no se ha hecho cargo de él.

Hace quinientos años que en este suelo nacía el Rey Fernando, y hace trescientos cincuenta que nacía, aquí también, Baltasar Gracián.

Gracián se me aparece como el cartógrafo del hecho Fernando. Cartógrafo barroco, que ilustra su trabajo con abundancia de alegorías e inscribe en él los accidentes con una caligrafía de la época. Vendrán luego cartógrafos posteriores que aligerarán lo ornamental, precisarán detalles, descubrirán nuevas zonas, pero, detalle más o menos, el contorno del hecho, lo substancial, lo geométrico de la ubicación coordinada se mantiene.

Entre nosotros, y desde hace algún tiempo, Gracián ha ido conquistando amistades. Hemos tratado, lógicamente, en tener el gusto adecuado para la plática gracianesca. Hace veinte años, en una revista que entonces dirigía y en su primer número, publiqué una xilografía con la estampa de Gracián. Fué grande mi sorpresa, cuando, con este motivo descubrí cuántos aficionados tenía, en mi país, la lectura de sus obras. Pero de la afición hay que pasar a la comprensión, y eso ya es tarea larga. Gracián nos ha ganado, por muchas cosas: por esa calidad de su técnica de comunicación, casi telegráfica; porque siempre es necesario tener a

mano las reglas del juego de la convivencia social, porque tenemos cierto hartazgo en el uso y abuso del «maquiavelismo»; y en la pasión puesta por Gracián al combatir a Maquiavelo, servida por lo que ha sido denominado la «antisemejanza, hemos encontrado una vieja patente de corso que nos permite navegar con audacia crítica por entre las aguas pesadas del florentino.

Desde Ricardo del Arco hasta Coster, desde Lacoste hasta Ferrari, son muchos los que han contribuido a fijar la figura de Gracián. Yo veo a Gracián, como al hombre español, al cual la Gracia lo ha tocado mediante el apetito de gloria: de gloria o de fama, en la interpretación renacentista, pero, en definitiva, de firme y espectacular asiento entre los mortales.

El jesuíta se dobla en hombre de mundo. No de un pequeño mundo, sino de un gran mundo, donde el impacto afectivo no puede, ni debe ser nunca directo, donde la medida de lo humano ha de ser siempre provisional, donde se requiere, según sus palabras «ingenio fecundo, juicio profundo y gusto relevantemente jocundo». Gracián, ha hecho su vela de armas: está pronto para la acción. Busca modelo para una teoría de la acción, y el mundo en torno no se lo ofrece. Un modelo que satisfaga por el número de sus quilates y sus primores, un arquetipo de hombre de mundo, un Héroe del mundo, que no puede ser otra cosa para él que el Político: pero un político dichoso, un político del poder, un «virtuoso», un sujeto prudente, atento, sagaz, cuerdo, valeroso, reportado, entero, feliz, plausible, verdadero y universal héroe, santo, sano y sabio. ¡Nada menos que trece condiciones! Y esta múltiple exigencia, unida a su vocación de gloria, a su mentalidad renacentista que hace coincidir el poder con la política, le hacen ir a buscar en la vida, obra y caracteres de su paisano, Fernando el Católico, la fuente de su inspiración.

Aragónés, jesuíta, barroco, Gracián levanta en su obra una construcción de muchas naves, donde las ornamentadas columnas parece que soportan, más que empujan, las historiadas y doradas bóvedas; en el recorrido de esa fábrica siempre encontramos medio de contemplar la figura del Rey Católico.

Nosotros no somos especialmente sensibles a lo que se ha llamado el abandono por parte del Rey Católico del Nuevo Mundo. Tengamos en cuenta que Fernando muere en 1516, y pensemos que era en esa fecha el conocimiento de esas «nuevas Españas». Pensemos también cuánto había costado a los «Reyes» lograr la unidad peninsular, y pode-

mos imaginar el temor de Fernando a una dispersión ocasionada por la presencia de esas Españas ultramarinas, que las capitulaciones de Santa Fe tendrían que estimular.

Salimos, así, del punto negativo para la apreciación americana de la política del Rey Fernando, para seguirlo en su actuación dentro del escenario europeo. Si Aragón, con sus caudales, entra a intervenir en la empresa castellana del descubrimiento y la conquista, Fernando lleva las tropas castellanas a una intervención decisiva en la política mediterránea. Esta doble acción de colaboración y correspondencia de objetivos afirma la unidad española, como no lo hubiera podido hacerse en un campo de teorías y doctrinas.

Pero lo que es singular, lo que reclama para nosotros idéntica admiración que la despertada en su barroco panegirista, es su conversión, digamos así, de príncipe de la última etapa medieval en Soberano, el primero, con las características reclamadas por la Edad Moderna. Fernando siente que la España, con proyección mediterránea, que ha logrado, con ayuda de Isabel, estructurar en Estado, tiene una misión católica, en su triple acepción: Defensa de la Iglesia Romana, salvaguardia de un modo cristiano de existencia, apetito de ecumeneidad.

Sería curioso y aleccionador trazar un paralelo entre el plan político de Fernando para hacer frente a la situación de su época y el mejor plan establecido en la nuestra entre las grandes potencias para resolver los problemas del presente. Por mucho que hablemos de «pacto del Atlántico», a nadie escapa que el punto neurálgico de toda la política internacional reside todavía en el Mediterráneo. Fernando quería el dominio completo del Mediterráneo occidental, y la procura de un control hegemónico en el oriental; para lograr esto anhelaba paz duradera entre los Estados cristianos evitando fricciones. Para establecer un punto de apoyo sólido sobre la cresta pirenaica ansiaba la amistad con Francia. Pero, conociendo exactamente el modo de ser francés y de sus príncipes, quería forzar a Francia al entendimiento, obligándola por una alianza hispano-germana-inglesa, cuyo «pivot» fuera la Santa Sede.

Y nosotros, los criollos, los suramericanos, luego de contemplar los hechos de Fernando preguntamos: ¿Quién será capaz de introducir el orden nuevo que exige el mundo, con los mismos quilates que el Rey Católico?

Hechos a la política de oposición—en lo personal y familiar—desde hace casi un siglo, podemos decir, sin alarde, que en nuestro ambiente los opositores no son fuerzas negadoras para los grandes planes y las

audaces concepciones políticas, sino para el esmirriado esquema «maquiavelista» de propósitos inmediatos y procedimientos astutos. El «gracianismo» de módulo fernandino, es jubilosamente aceptado por nuestra política actual.

En la segunda parte del «Crítico» refiere Gracián el andar de Critilo y Andrenio en Aragón, «que los extranjeros llaman la buena España», y al preguntarle Critilo a Andrenio qué le parece esta nueva región, éste contesta: «¡Qué buen puesto éste para tomar aliento y asiento!».

Aliento y asiento. Animo y fijeza. Impulso y paz. Esto es lo que esperamos nosotros de Aragón y de la ejemplaridad de sus claros varones.—R. A.

Creación de un Centro Coordinador de Bibliotecas en la provincia de Huesca.

El Ministerio de Educación Nacional ha venido creando, en estos últimos años, un considerable número de bibliotecas municipales en todas las provincias y enviando lotes a través de la Junta de Adquisición y Distribución de Publicaciones. Los municipios respectivos contribuyen con la cesión de local adecuado para la biblioteca, y económicamente en la medida de sus disponibilidades.

La Dirección General de Archivos y Bibliotecas, en su deseo de ampliar el número de aquéllas, ha estimulado el celo de las Diputaciones Provinciales y anualmente convoca concurso entre estas Corporaciones, para premiar los mejores proyectos de organizaciones bibliotecarias que se presenten, creando así sendos Centros Coordinadores en las provincias premiadas. Consciente nuestra Diputación Provincial de que el libro y la cultura son armas eficaces para combatir muchos de los males que nos aquejan, tomó parte en el convocado el pasado año. Nuestra provincia, que ha obtenido uno de los premios, se halla desprovista casi en su totalidad de bibliotecas, no ya en los pequeños medios rurales, sino incluso en los más importantes núcleos de población. Por tanto la labor a realizar es mucha. Las bibliotecas existentes en la provincia, aparte de la de la capital, son: las de Barbastro, Sariñena, Boltaña, Alcubierre, Castejón de Sos, y con carácter de biblioteca viajera o ambulante, la de Aínsa. Poco en relación con lo que falta; mucho si se piensa que esto se ha hecho en breve tiempo. La de Jaca, servida hasta